

# DOCUMENTOS

## Literatura sobre el liberalismo y neoliberalismo

### EL LIBERALISMO\*

**LUDWIG VON MISES**  
Economista Austriaco

---

\* Reproducción del libro Sobre Liberalismo y Capitalismo Tomo I, Introducción, Biblioteca de Economía, Ediciones. Folio, Barcelona, 1996.

## Presentación

La introducción al libro sobre “Liberalismo y Capitalismo”, Tomo I, de Ludwig von Mises, que *Biblioteca de Economía*, a través de Ediciones Folio de Barcelona, puso en circulación hace doce años y que se constituye, sin duda, en una joya literaria en la era actual, en la que el neoliberalismo ha llegado con la intención de quedarse.

Confrontar las ideas prístinas de los intelectuales liberales del siglo XX, con la versión *neoliberal* de mediados y finales de este mismo siglo, presenta ricas posibilidades de ilustración factual sobre verdades dichas a medias, exageraciones ideológicas y, tal vez, lo más oneroso, adulteraciones del pensamiento original en versión “moderna”. En fin, como quiera que sea, la pieza argumental que a continuación se expone, encontrará un lector gratamente sorprendido por la profundidad en casos, y la enjundia final, con la cual Ludwig von Mises se declara defensor a ultranza de las ideas heredadas del viejo liberalismo de estirpe anglosajona.

La idea es que, en adelante, otros autores como F. von Hayek, D. Harvey, M. Friedman, K. Popper, J. Stiglitz, A. Sen, O. Williamson, para nombrar sólo algunos, serán autores que alimenten con breves pero sesudos artículos, entre *clásicos* e *históricos*, esta nueva sección de *Apuntes del CENES*.

## Presentation

The introduction to the book on “Liberalism and Capitalism”, Volume I, of Ludwig von Mises, that Library of Economy, through Editions Folio of Barcelona, put in circulation twelve years ago and that is constituted, without a doubt, in a literary jewel in the present era, in which the neoliberalism has arrived with the intention to remain.

To confront the pristine ideas of the liberal intellectuals of century XX, with the neoliberal version of half-full and final of this same century, by halves presents/displays rich possibilities of factual illustration on truths this, ideological exaggerations and, perhaps, most onerous, adulterations of the original thought in “modern” version. In short, since it is, the plot piece that next is exposed, it will pleasingly find a reader surprised by the depth in cases, and enjundia final, with which Ludwig von Mises at any cost declares defender of the inherited ideas of the old liberalism of British ancestry.

The idea is that, in future, other authors like F. Bon Hayek, D. Harvey, M. Friedman, K. Popper, J. Stiglitz, A. Sen, Or. Williamson, to name only some, will be authors whom they feed with brief but wise articles, between classic and historical, this new section of Notes of *Apuntes del CENES*.

Los filósofos, sociólogos y economistas del siglo XVIII y primera parte del XIX formularon un programa político que presidió el orden social en Inglaterra y los EE UU primero; en el continente europeo, después, y finalmente en otros lugares del mundo. Tal programa no fue, sin embargo, íntegramente aplicado en parte alguna. Sus defensores no consiguieron ver aceptada la idea en su totalidad ni siquiera en Gran Bretaña, en la denominada patria del liberalismo, el país liberal por excelencia. El resto del mundo aceptó tan sólo algunas partes del programa, rechazando, en cambio, desde un principio, otras no menos importantes o abandonándolas al poco de su implantación. Exageraría quien dijera que el mundo llegó a conocer una verdadera era liberal, pues jamás se permitió al liberalismo funcionar a plenitud.

Sin embargo, este ideario, a pesar de lo breve e incompleto de su predominio, consiguió transformar la faz de la tierra. Produjo un considerable desarrollo económico. Liberadas las fuerzas productivas del hombre, los medios de subsistencia se multiplicaron como por ensalmo. Cuando se desencadenó la guerra europea (consecuencia ella misma de larga y áspera oposición a los principios liberales y que, a su vez, iba a dar inicio a un periodo de aún más agria resistencia al liberalismo), la tierra tenía una población incomparablemente mayor que la que jamás había conocido y todas las gentes gozaban de un nivel de vida superior al antes nunca alcanzado. La prosperidad engendrada por el liberalismo redujo en forma señalada la mortalidad infantil, el azote que sin piedad había segado innumerables vidas a lo largo de la historia, prolongándose la vida media gracias a las mejores condiciones que se disfrutaban.

Tal prosperidad en modo alguno benefició exclusivamente a una clase específica de privilegiados. Antes por el contrario, en vísperas de la guerra, el obrero europeo, el americano y el de los dominios británicos vivía mejor y más agradablemente que el noble aristócrata de épocas nada lejanas. Comía y bebía lo que quería; podía dar a sus hijos buena instrucción; cabíale, si le placía, tomar parte en la vida intelectual y cultural de su país y, de poseer la energía y el talento necesarios, no le resultaba difícil ascender y mejorar su *status*. La cúspide de la pirámide social, en aquellas naciones donde con mayor amplitud regia la filosofía liberal, se hallaba generalmente ocupada no por aquellos a quienes su simple nacimiento había conferido riqueza y distinción, sino por personas que, sabiendo aprovechar las circunstancias, consiguieron ascender a los puestos más envidiados merced a su personal dedicación. Desaparecían las barreras que otrora separaban a siervos y señores. Ya no había más que ciudadanos, sujetos todos a un mismo derecho. Nadie era discriminado o importunado por razón de su nacionalidad, opinión o credo. En los pueblos civilizados no había persecuciones políticas ni religiosas y las guerras internacionales eran menos frecuentes. Hubo optimistas que comenzaban a entrever una era de paz perpetua.

Pero las cosas pronto cambiaron de signo. Gran parte de los logros liberales fueron desvirtuados por las poderosas y violentas corrientes de opinión antiliberal que surgieron en el propio siglo XIX. Nuestro mundo actual no quiere ya ni oír hablar del liberalismo. El término "liberal", salvo en Inglaterra, es objeto de condena por doquier. Hay todavía "liberales" en Gran Bretaña, pero la mayor parte de ellos lo son sólo de nombre. Más exacto sería calificarlos de socialistas moderados. El poder público se encuentra por doquier en manos de las fuerzas antiliberales. Los programas de tales partidos desencadenaron ayer la guerra europea y actualmente, por virtud de cuotas de importación y exportación, tarifas aduaneras, barreras migratorias y similares medidas, están aislando cada vez más a todas las naciones unas de otras. Esos mismos idearios han auspiciado, en la esfera interna de cada país, experimentos socialistas que han servido tan sólo para reducir la productividad del factor trabajo y aumentar la necesidad y la pobreza. Sólo quien voluntariamente cierre los ojos a la realidad puede dejar de ver por todas partes signos anunciadores de una inminente catástrofe económica de ámbito mundial. El antiliberalismo apunta hacia el colapso de nuestra civilización.

Quien desee informarse de qué sea, en verdad, el liberalismo y cuáles son sus metas, no puede contentarse con la simple lectura de aquellas páginas históricas en que se reflejan los anhelos de los primitivos liberales y los resultados que consiguieron alcanzar, pues, como decíamos, el liberalismo jamás logró, en parte alguna, implantar su ideario.

Las manifestaciones y las actuaciones de los partidos que hoy se denominan liberales tampoco sirven para ilustrarnos acerca de qué sea el auténtico liberalismo. Incluso en Inglaterra, como señalábamos, la filosofía que actualmente se considera liberal se halla mucho más cerca de los *tories* y los socialistas que del viejo programa librecambista. Cuando se encuentra uno con liberales que admiten la nacionalización de los ferrocarriles, de las minas y de otras empresas, apoyando incluso la implantación de tarifas proteccionistas, resulta forzoso concluir que, en la actualidad, del liberalismo no queda sino el nombre.

La lectura de los escritos de los grandes fundadores de la escuela tampoco basta para abarcar actualmente la idea liberal. Porque el liberalismo en modo alguno es un dogma establecido o una doctrina congelada, sino más bien la aplicación a la vida social de específicos descubrimientos científicos. Por lo mismo que los conocimientos económicos, sociológicos y filosóficos no han dejado de progresar desde la época de David Hume, Adam Smith, David Ricardo, Jeremy Bentham y Wilhelm Humboldt, la teoría liberal también hoy difiere de la que aquellos autores presentaban, aun cuando las bases fundamentales no hayan variado. Nadie, desde hace mucho tiempo, se ha tomado la molestia de formular una concisa exposición de que sea el liberalismo actual; ello parece justificar la aparición del presente ensayo.

## **1. EL BIENESTAR MATERIAL**

El liberalismo es una teoría que se interesa exclusivamente por la actuación terrenal del hombre. Procura, en última instancia, el progreso externo, el bienestar material de los humanos; directamente, no se ocupa de sus necesidades metafísicas, espirituales o internas. No promete al hombre felicidad y contento; simplemente, la satisfacción de aquellos deseos que pueden satisfacerse a través del mundo externo.

Mucho se ha criticado al liberalismo por esta actitud puramente externa y materialista ante lo que sólo es transitorio y mundano. El hombre se dice no vive tan sólo para comer y beber. Hay necesidades humanas por encima de la mera alimentación, ingestión de líquidos, habitación y vestido. Las mayores riquezas terrenas no dan al hombre la felicidad, pues dejan el alma insatisfecha y vacía. El gran fallo del liberalismo consistió, pues, en su despreocupación por las más nobles y profundas aspiraciones humanas.

Quienes así hablan no hacen sino evidenciar cuán imperfecto y verdaderamente materialista es su propio concepto de esas nobles y elevadas aspiraciones. La política económica, cualquiera que sea, con los medios que tiene a su disposición, puede enriquecer o empobrecer a la gente; lo que, en cambio, no puede es ni darles la felicidad ni atender sus más íntimos deseos. En tal terreno, los estímulos externos fallan. Puede un correcto ordenamiento social suprimir múltiples causas de dolor y de padecimiento; puede dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y procurar habitación al que de ella carece. Pero lo malo es que la alegría y la felicidad espiritual no son fruto de tales factores; brotan de aquello que el sujeto íntimamente aprecia. No es que el liberalismo desprecie lo espiritual y, por eso, concentre su atención en el bienestar material de los pueblos; adopta esta postura sólo en razón a que advierte que lo alto y lo sublime no puede ser procurado por recursos externos. Se empeña exclusivamente en promover el bienestar material al

percatarse de que, por desgracia, las riquezas íntimas y espirituales no pueden ser insufladas en el alma desde fuera, ya que brotan del propio corazón del hombre. El liberalismo aspira a procurar a los mortales los presupuestos externos precisos para el debido desarrollo de la vida interior. Nadie dudara de que la persona relativamente próspera de nuestra época puede atender mejor a sus necesidades espirituales que, por ejemplo, el individuo del siglo X, incapaz de asegurar su mera supervivencia, habiendo de defenderse continuamente de los innumerables peligros que por todas partes le acechaban.

Es cierto que el liberal nada puede argumentar ante quienes, como los seguidores de sectas asiáticas y medievales, aceptan el ascetismo y consideran ideal de vida la pobreza y la libertad de los pájaros del bosque y de los peces del mar, cuando aquellos le echan en cara el materialismo de su doctrina. Lo único que los liberales exigen a tales opositores es que les dejen tranquilos, pues ellos jamás se meten con los ascetas, ni en modo alguno les vedan alcanzar el cielo por sus particulares vías. Que se encierren, si así lo desean, en celdas y cenobios; que abandonen el mundo y sus habitantes; y que vivan en paz

La mayoría de nuestros contemporáneos, sin embargo, ni comprende ni persigue el camino ascético. Siendo ello así, ¿cómo pueden, quienes rechazan el ascetismo, reprochar al liberalismo su afán por mejorar el bienestar material de las masas?

### 3. EL RACIONALISMO

También se acusa al liberalismo de ser *racionalista*. Pretenden los liberales ordenarlo todo de un modo lógico, olvidando que en los humanos influyen también los sentimientos y las irracionalidades; y son muchos los que hoy se comportan de manera ilógica.

Por supuesto, el liberalismo no niega que la gente precede a veces de modo irracional. Si los hombres actuaran siempre racionalmente, sería superfluo exhortarles a proceder de acuerdo con los dictados de la razón. El liberal no afirma que el hombre tenga que comportarse sólo de manera inteligente; lo que asegura es que a los mortales, en aras de su interés rectamente entendido, les conviene actuar de modo racional. El liberalismo, en definitiva, no aspira sino a que, en el terreno de la política social, se conceda a la razón la misma preeminencia que le es reconocida en todas las demás esferas de la acción humana. Pocos considerarían encomiable la postura del paciente que, cuando su médico le presenta un racional es decir, higiénico plan de vida, respondiera: "Comprendo, doctor, que lo que me aconseja es indudablemente bueno; pero mis sentimientos me prohíben seguir sus indicaciones, pues yo lo que deseo es lo perjudicial para mí, aunque tal actitud resulte irracional". Sea cual fuere nuestra actividad, para alcanzar el objetivo que nos hayamos propuesto, procuramos actuar razonablemente. Quien pretenda atravesar una vía férrea no elegirá para hacerlo precisamente el momento en que pasa el tren; y quien este cosiendo un botón cuidara de no pincharse el dedo con la aguja. En todas las esferas de la actividad humana se han descubierto técnicas que el sujeto debe seguir si no quiere proceder irracionalmente. Coincide la opinión pública en que al hombre le conviene adiestrarse en aquellas tecnologías que van a serle después necesarias para vivir mejor; por eso a quienes pretenden ejercer una profesión o un oficio sin la oportuna maestría se les rechaza como puros charlatanes.

En lo tocante a la política social, sin embargo, parece como si el planteamiento hubiera de ser distinto. Por lo visto, aquí deben prevalecer los sentimientos y los impulsos antes que la razón. La cuestión de cómo debe iluminarse de noche una ciudad se discute y se resuelve con arreglo a la razón y a la lógica. Pero en cuanto

se trata de completar el tema y decidir si la correspondiente central eléctrica debe ser de propiedad privada o municipal, toda razón y toda lógica desaparecen; ya no se apela más que a sentimientos, a cosmovisiones, a lo irracional en definitiva. ¿A que se debe esto?

Ordenar la sociedad de aquella forma que mejor permita alcanzar los fines que los hombres se proponen no es un problema excesivamente complicado; es más fácil que, por ejemplo, tender ferrocarriles, producir hilados y tejidos o fabricar muebles, si bien los asuntos de política y de gobierno tienen mayor trascendencia que los demás temas de los que la actividad humana se ocupa, en razón a que el orden social establecido constituye la base de todo lo demás, pudiendo la gente alcanzar los objetivos que ambiciona únicamente bajo una organización que favorezca tal fin. Ahora bien, por elevada que situemos la esfera de lo político y social, convendremos que los asuntos a tratar son de naturaleza puramente humana, debiendo por consiguiente ser abordados sólo por los cauces que marca la razón. Recurrir al misticismo, aquí como en todas las demás cuestiones prácticas, es un grave error. Nuestra capacidad de comprensión es ciertamente bastante limitada. Jamás llegaremos a desvelar los secretos últimos y más profundos del universo. Pero el que, por ejemplo, no consigamos desentrañar la razón de nuestra existencia en nada impide recurrir a los medios más adecuados para conseguir alimento o vestido. Por la misma razón, debemos organizar la sociedad de acuerdo con aquellas normas que en mayor medida permiten alcanzar los fines a que el hombre aspira. Realmente, no son tan elevados, grandiosos o benéficos el Estado y el orden legal, el gobierno y la administración pública como para atemorizarnos y hacer que renunciemos a someter tales instituciones a la prueba de la racionalidad. Los problemas que plantea la política social son meras cuestiones técnicas; hay que abordarlas de la misma forma y con los mismos métodos que se emplean para resolver los demás asuntos científicos, a saber, mediante la reflexión racional y la oportuna observación de las circunstancias concurrentes. El raciocinio confiere condición humana al hombre; es lo que le diferencia y eleva por encima de las bestias. ¿Qué motivo hay para que, en el terreno del ordenamiento social, hayamos de renunciar al arma de la lógica, apelando en cambio a vagos y confusos sentimientos e impulsos?

#### **4. LA META DEL LIBERALISMO**

Suele la gente pensar que el liberalismo se distingue de otras tendencias políticas en que procura beneficiar a determinada clase, la constituida por los poseedores, los capitalistas y los grandes empresarios en perjuicio del resto de la población. El supuesto es erróneo. El liberalismo ha pugnado siempre por el bien de todos. Tal es el objetivo que los utilitaristas ingleses pretendían describir con su no muy acertada frase de “la máxima felicidad para el mayor número posible”. Desde un punto de vista histórico, el liberalismo fue el primer movimiento político que quiso promover no el bienestar de determinados grupos, sino el general. Difiere el liberalismo del socialismo que igualmente proclama su deseo de beneficiar a todos no en el objetivo perseguido, sino en los medios empleados.

Hay, sin embargo, quienes opinan que las consecuencias del liberalismo, por la íntima condición del sistema, al final resultan favorecedoras de los intereses de una clase determinada. El aserto merece ser debatido. Una de las cosas que la presente obra intenta es demostrar lo infundado del mismo. Pero no sería correcto rechazar sin más al posible contraopinante, acusándole de mala fe. Aunque estimemos errada su postura, puede que esté pronunciándose con toda honradez intelectual, mereciendo que se le escuche y se debata con él. Ahora bien, nótese que este argumento es muy particular, pues no acusa al liberalismo de

hipocresía; admite su desinteresado carácter y concede que el liberal desea de verdad alcanzar los objetivos que proclama.

Diferentes son aquellos otros críticos que acusan al liberalismo de perseguir invariablemente no el bienestar general, sino el provecho personal de ciertos grupos. Estos diálogos son, en cambio, injustos o ignorantes. Recurren a tal arbitrio por hallarse en el fuero interno convencidos de la inviabilidad de sus propias tesis. Emplean dardos envenenados por no tener otra salida.

Cuando el médico prohíbe al paciente ingerir determinados alimentos, nadie piensa que aquel odia a este ni que, si de verdad le quisiera, le permitiría disfrutar los tan deliciosos manjares proscritos. Todo el mundo comprende que el doctor aconseja al enfermo apartarse de dichos placeres simplemente porque desea que la salud de este prospere. Pero, cuando se trata de política social, las cosas ya no pintan igual. En cuanto el liberal se pronuncia contra ciertas medidas demagógicas por razón de las dañosas consecuencias sociales que sabe han de provocar, inmediatamente se le acusa de enemigo del pueblo, mientras se cubre de elogios y alabanzas sin cuento a los falsos profetas que, incapaces de ver los inevitables perjuicios subsiguientes, propician lo que a primera vista parece mejor.

La actividad racional se diferencia de la irracional en que implica momentáneos sacrificios. No son estos sino sacrificios aparentes, pues quedan ampliamente compensados por la favorable consecuencia posterior. Quien renuncia a ingerir un delicioso pero perjudicial alimento hace un aparente sacrificio provisional. El resultado de tal actuación el no sufrir perjuicio fisiológico pone de manifiesto que el sujeto no sólo no ha perdido, sino que ha ganado. Para actuar de tal modo se precisa, no obstante, advertir la correspondiente concatenación causal. Y de esto se aprovecha el demagogo. Ataca al liberal que sugiere provisionales y sólo aparentes sacrificios, tildándole de enemigo del pueblo, carente de corazón, mientras él se erige en el gran defensor de las masas. Sabe bien como tocar la fibra sensible del pueblo, como hacer llorar al auditorio describiendo tragedias y miserias, y de este modo pretende justificar sus planes.

La política antiliberal es una política de consumé de capital. Amplía la provisión presente a costa de la futura. Es el mismo supuesto que el del enfermo a que antes aludíamos. En ambos casos, se paga un duro precio por una momentánea gratificación. Hablar, en tal caso, de dureza de corazón frente a filantropía es deshonesto y mendaz. Y esto no es tan sólo aplicable a nuestros presentes políticos y periodistas antiliberales, pues la cosa ya viene de antiguo; la mayor parte de los autores partidarios de la prusiana *Sozialpolitik* recurrió a iguales tretas.

El que en el mundo haya pobreza y estrechez no es un argumento válido contra el liberalismo, pese a lo que en tal sentido suele pensar el embotado lector medio de revistas y periódicos. Esa penuria y esa necesidad son precisamente las lacras que el liberalismo desea suprimir, proponiendo para ello los únicos remedios realmente eficaces. Quien crea conocer otro camino, que lo demuestre y justifique. No se puede eludir esta demostración proclamando simplemente que a los liberales no les importa el bien común y que tan sólo les preocupa el bienestar de los ricos.

La existencia de pobreza y de miserias múltiples no constituiría argumento válido contra el liberalismo aun en el caso de que el mundo efectivamente siguiera una política liberal. Habría siempre que dilucidar si, bajo otros regímenes, no se daría aun mayor malestar material. Pero hoy, cuando la institución de la propiedad

privada es por doquier perturbada y entorpecida, a tenor de lo que todos los antiliberales patrocinan, carece realmente de sentido atacar al liberalismo sobre la base de que la situación económica no es tan buena como se desearía. Para valorar los triunfos liberales y capitalistas basta comparar nuestro actual nivel de vida con el que prevaleció durante la Edad Media y las primeras centurias de la moderna. Sin embargo, sólo la deducción teórica puede advertirnos de cuánto el liberalismo y el capitalismo hubieran podido conseguir si se les hubiera dado rienda suelta en el cabalgar histórico.

## 5. LIBERALISMO Y CAPITALISMO

Aquellas sociedades en que se aplican principios liberales suelen calificarse de capitalistas y capitalismo se denomina el régimen que en ellas impera. Resulta difícil demostrar hoy la enorme potencialidad social del capitalismo, dadas las circunstancias prevalecientes y el que la política económica liberal sólo parcialmente fuera puesta en práctica. Sin embargo, se puede denominar con justeza a nuestra época la era del capitalismo, ya que toda la actual riqueza proviene del funcionamiento de instituciones típicamente capitalista. La mayoría de nuestros contemporáneos gozan de un nivel de vida muy superior al que disfrutaban los más ricos y privilegiados, hace tan sólo unas pocas generaciones, gracias a las ideas liberales que aún sobreviven y a lo que del capitalismo queda.

Por supuesto, los demagogos, con su habitual retórica, presentan las cosas de modo diametralmente opuesto. Los adelantos en los métodos productivos dicen servir tan sólo para enriquecer cada vez más a las minorías favorecidas por la fortuna, mientras las masas van hundiéndose en una pobreza progresivamente creciente. Pero la más mínima reflexión evidencia que todos los progresos técnicos e industriales se orientan hacia el enriquecimiento y progreso de la gente humilde. Para ella trabajan, directamente, las grandes industrias de bienes de consumo e, indirectamente, las que fabrican maquinaria y productos semiterminados. Los enormes progresos industriales de las últimas décadas, así como los del siglo XVIII y los de la, con expresión poco certera, llamada revolución industrial, dieron invariablemente lugar a una mejor satisfacción de las necesidades populares. El desarrollo de la industria textil, la mecanización del calzado, las mejoras en la conservación y el transporte de los alimentos benefician a una clientela cada día más amplia. Ésa es la razón de que la gente vista y coma hoy mejor que nunca.

La producción masiva no sólo procura comida, habitación y vestimenta a los más humildes, sino que atiende también otras muchas necesidades populares. La prensa y el cine gratifican a muchos; el teatro y otras manifestaciones artísticas, antes sólo de minorías, se han transformado en espectáculos de masas.

A pesar de ello, la apasionada propaganda antiliberal, que desfigura los hechos poniéndolos al revés, ha dado lugar a que la gente asocie los conceptos de liberalismo y capitalismo con la imagen de un mundo sumido en pobreza y miseria siempre crecientes. A pesar de tanta palabrería, no consiguieron los demagogos dar a los términos "liberal" y "liberalismo" un tono verdaderamente peyorativo, como era su deseo. La gente, pese a tanto lavado de cerebro, sigue viendo cierta asociación entre aquellos vocablos y la palabra "libertad". Por eso los escritos antiliberales no atacan demasiado al "liberalismo", prefiriendo atribuir al "capitalismo" todas las infamias que, en su opinión, engendra realmente el liberalismo. Porque el vocablo capitalismo evoca en la gente la figura de un patrono sin entrañas que no piensa más que en su personal enriquecimiento, aunque sea a costa de los demás.

Son ciertamente pocos los que advierten que el orden social organizado de acuerdo con los auténticos principios liberales sólo deja libre un camino a empresarios y capitalistas para enriquecerse, a saber, el atender del mejor modo posible las necesidades de la gente. La propaganda antiliberal, lejos de evocar el capitalismo cuando alude a la prodigiosa elevación del nivel de vida de las masas, lo cita sólo cuando denuncia las tan lamentables realidades generadas precisamente por las limitaciones impuestas a la libertad. No se dice, por ejemplo, que fue el capitalismo quien puso al alcance de las masas el azúcar, golosina a la par que alimento. Se le acusa, en cambio, cuando, en cierto país, el precio interior del azúcar sobrepasa la cotización mundial por el monopolio a que está sometido. Como si tal pudiera ocurrir en un orden social estrictamente liberal! Porque, sin protecciones tarifarias, no es posible la formación de un cartel o monopolio que eleve el precio de cualquier cotización del mercado internacional.

La cadena argumental empleada por la demagogia para echar la culpa al liberalismo de cuantos perjuicios ocasionan las medidas antiliberales es del tenor siguiente. Se empieza por afirmar, por supuesto sin aportar demostración alguna, que el liberalismo favorece los intereses de capitalistas y empresarios, con el correspondiente perjuicio para el resto de la población, de suerte que progresivamente se va enriqueciendo a los ricos y pauperizando a los pobres. Se añade que muchos capitalistas y empresarios son partidarios del proteccionismo tarifario, habiendo algunos, incluso, como los fabricantes de armamento, que recomiendan una política de “preparación bélica”. De tal concatenación surge, de pronto, la conclusión de que todo ello es consecuencia de la “propia mecánica capitalista”.

La verdad es muy otra. El liberalismo no trabaja en favor de grupo alguno, sino en interés de la humanidad entera. El empresario o capitalista, personalmente, nada tiene que ganar con el liberalismo. Le conviene a él tanto como a cualquier otro. Es más, aun cuando algún empresario o capitalista pretendiera ocultar sus personales conveniencias tras la máscara del programa liberal, rápidamente se alzarían contra tal propósito los demás empresarios y capitalistas, defendiendo su propio interés. No son tan simples las cosas como suponen quienes en todo ven “conveniencias” y “partes interesadas”. El que el gobierno imponga, pongamos por caso, una tarifa proteccionista a la importación de los productos siderúrgicos, no puede explicarse simplemente diciendo que tal medida beneficia a los magnates del acero. Porque hay gentes en el país, empresarios incluso, a quienes la medida perjudica; y, además, los que se benefician con la protección tarifaria constituyen una minoría en permanente reducción.

No cabe tampoco hablar de cohechos y sobornos, pues los que de este modo caen en la corrupción constituyen evidentemente una exigua minoría y, ¿por qué sólo los proteccionistas se gastan, al efecto, el dinero y no lo hacen sus oponentes, los partidarios del libre cambio?

La ideología en que la tarifa proteccionista se ampara no la crean ni las “partes interesadas” ni los sobornados, sino los ideólogos que engendran pensamientos que luego, por desgracia, informarán la actividad del país entero. La gente argumenta en sentido antiliberal, por ser esa la idea que prevalece; hace cien años, en cambio y en razón a lo mismo, la mayoría discurría en términos liberales. Si hay empresarios favorables al proteccionismo, ello no es sino consecuencia del antiliberalismo que todo lo embarga. Pero esto nada tiene que ver con la doctrina liberal.

## **6. LAS RAÍCES PSICOLÓGICAS DEL ANTILIBERALISMO**

Sólo mediante un discurso lógico abordaremos el problema de la cooperación social. Sin embargo, la raíz del antiliberalismo no puede aprehenderse por vía de la razón pura, ya que semejante oposición no es de orden racional, sino que, por el contrario, es fruto de una disposición mental que brota del resentimiento, de una condición que podríamos calificar de *complejo de Fourier*, en recuerdo del conocido socialista francés.

No vale la pena hablar demasiado del resentimiento y de la envidiosa malevolencia. Está uno resentido cuando odia tanto que no le preocupa soportar un daño personal grave con tal de que el otro sufra también. Muchos de los enemigos del capitalismo saben perfectamente que su personal situación se perjudicaría bajo cualquier otro orden económico. Sin embargo, propugnan la reforma, es decir, el socialismo, con pleno conocimiento de lo anterior, por suponer que los ricos, a quienes envidian, también, por su parte, padecerán. ¿Cuántas veces oímos decir que la penuria socialista resultará fácilmente soportable, ya que, bajo tal sistema, todos sabrán que nadie disfruta de mayor bienestar?

Naturalmente, se puede combatir el resentimiento con argumentos lógicos. Se le puede hacer ver al resentido que a él lo que le interesa es mejorar su propia posición, independientemente de que los otros prosperen más.

El *complejo de Fourier*, en cambio, resulta más difícil de combatir. Estamos, ahora, ante una auténtica neurosis, cuyo tratamiento compete más al psiquiatra que al legislador. Pero es una circunstancia que debe ser tomada en cuenta al enfrentarse con los problemas de nuestra actual sociedad. La ciencia médica, por desgracia, se ha ocupado muy poco del *complejo de Fourier*. Es un tema que casi pasó inadvertido a Freud, el gran maestro de la psicología, así como a sus seguidores en la teoría de las neurosis, pese a que tal escuela supo alumbrar la nueva vía, la única coherente y sistemática, para tratar desordenes mentales de este tipo.

Muy difícil es alcanzar en esta vida todo lo que cada cual ambiciona; ni uno por millón lo consigue. Los grandiosos proyectos juveniles, aunque la suerte acompañe, cristalizan luego muy por debajo de lo previsto. Mil obstáculos destrozan planes y ambiciones y la capacidad personal resulta insuficiente para conseguir aquellas altas cumbres que uno pensó fácilmente escalar. Es un drama diario para el hombre ese fracaso de las más queridas esperanzas, esa paralización de los más ambicionados planes y la percepción de la propia incapacidad para conseguir las tan apetecidas metas. Pero eso nos sucede a todos.

De dos formas puede el hombre reaccionar ante tal realidad. Goethe, con su sabiduría práctica, nos ofrece una solución:

*¿Crees tú, acaso, que deba odiar la vida y refugiarme en el desierto simplemente porque no todos mis infantiles sueños fructificaran?*

*Dice su Prometeo. Y Fausto en "la mayor ocasión", "como sabio resumen", advierte que:  
No merece disfrutar ni de la libertad ni de la vida quien no sepa reconquistarlas a diario.*

Ninguna desgracia terrena puede mellar el espíritu y la voluntad de tal categoría. Quien acepte la vida como en realidad es, resistiéndose a que la misma le avasalle, no necesita recurrir a “piadosas mentiras” que gratifiquen su atormentado ego. Si el triunfo tan largamente añorado no llega, si los hados, en un abrir y cerrar de ojos, desarticulan lo que tantos años de duro trabajo costó construir, no hay más solución que seguir en la lucha como si nada hubiera pasado. Así actúa quien osa mirar cara a cara al desastre y es capaz de no desesperar jamás.

El neurótico, en cambio, no puede soportar la vida como en verdad es. La realidad resulta para el demasiado dura, agria, grosera. A diferencia de la persona saludable, carece de capacidad para “seguir adelante, siempre, como si tal cosa”. Su debilidad se lo impide. Prefiere escudarse tras meras ilusiones. La ilusión, según Freud, “es algo deseado, una especie de consolación que se caracteriza” “por su inmunidad ante el ataque de la lógica y de la realidad”. De ahí que quien sufre semejante mal no pueda curar apelando a la lógica o a la demostración del error en que se debate. Ha de ser el propio sujeto quien se automedique, llegando a comprender él mismo las razones que le inducen a rehuir la realidad, prefiriendo acogerse a vanas ensoñaciones.

La teoría de las neurosis es la única que puede explicar el éxito de las ideas de Fourier, aquel loco descendiente de otra mente no menos psicópata. No vale la pena transcribir aquí pasajes de sus escritos para evidenciar la locura que le dominaba. Tales datos interesan sólo al psiquiatra o, tal vez, a quienes gustan leer lo que obscenas mentes escriben. Dejemos a un lado el tema, pero no olvidemos advertir que el marxismo, en cuanto abandona su pomposa retórica dialéctica, la difamación o el sarcasmo del oponente, nada nuevo añade a lo dicho por el “utópico” Fourier. En su construcción de la sociedad socialista, el marxismo, como Fourier, parte de dos presupuestos contradichos tanto por la lógica como por la realidad empírica. En efecto, el escritor socialista supone, por un lado, que el “substrato material” de producción “ofrecido por la naturaleza, sin necesidad de la intervención del esfuerzo humano”. Es tan abundante que no precisa ser economizado, y de ahí la confianza marxista en un “prácticamente ilimitado incremento de la producción”; de otro lado, supone que en la comunidad socialista el trabajo “dejará de ser una carga para transformarse en un placer”, hasta el punto de que “llegará a constituir la primordial exigencia vital”. Nos hallamos, pues, en el reino de Jauja, donde todos los bienes son superabundantes y el trabajo constituye pura diversión.

El marxista, desde las olímpicas alturas de su “socialismo científico”, desprecia el romanticismo y los románticos. Pero su procedimiento en nada difiere del de estos. En vez de hallar la forma de superar los obstáculos que le impiden alcanzar los fines apetecidos, los escamotea, perdiéndolos de vista entre las brumas de la fantasía.

La “mentira piadosa” tiene doble utilidad para el neurótico. Le consuela, por un lado, de sus pasados fracasos, abriéndole, por otro, la perspectiva de futuros éxitos. En el caso del fallo social, el único que en estos momentos interesa, consuela al interesado la idea de que, si dejó de alcanzar las doradas cumbres ambicionadas, ello no fue culpa suya, sino efecto obligado del defectuoso orden social prevaleciente. El malcontento confía en que la desaparición del sistema le deparara el éxito que anteriormente no consiguiera. De ahí que sea inútil demostrarle que la sonada Utopía es inviable y que sólo sobre la sólida base de la propiedad privada de los medios de producción se puede cimentar una organización acogida a la división social del trabajo. El neurótico se aferra a su tan querida “mentira piadosa” y, en el trance de

renunciar a esta o a la lógica, sacrifica la segunda, pues la vida, sin el consuelo que el ideario socialista le proporciona, resultaría insoportable. Porque, como decíamos, el marxismo le asegura que el no es el responsable de su personal fracaso; es la sociedad la culpable. Ello restaura en él la perdida fe, liberándole del sentimiento de inferioridad que, en otro caso, le acomplejaría.

Para muchos de nuestros contemporáneos, el socialismo es un divino elixir frente a la adversidad; algo de lo que le pasaba al devoto cristiano de otrora, que soportaba mejor las penas terrenales confiando en un feliz mundo ulterior, donde los últimos serían los primeros. Sin embargo, la promesa socialista tiene muy diferentes consecuencias, pues la cristiana inducía a la gente a llevar una conducta virtuosa, confiando siempre en una vida eterna y en una recompensa celestial. El partido, en cambio, exige a sus seguidores disciplina política absoluta, para acabar pagándoles con esperanza fallidas e inalcanzables promesas.

En lo expuesto consiste el hechizo de la ensoñación socialista; sus partidarios están convencidos de que, tan pronto como el socialismo se implante, conseguirán cuanto hasta ahora no lograran. Los escritos socialistas no sólo prometen riqueza para todos, sino también amor y felicidad conyugal, pleno desarrollo físico y espiritual, la aparición por doquier de grandes talentos artísticos y científicos. Trotsky, no hace mucho, aseguraba que en la sociedad socialista “el hombre medio llegara a igualarse a un Aristóteles, un Goethe o un Marx. Y, por encima de tales cumbres, se alzarán picos aun mayores”<sup>1</sup>. El paraíso socialista será el reino de la perfección, poblado por superhombres totalmente felices. Tales son las sinrazones que la literatura socialista entera rezuma. Pero es precisamente tanto desvarío lo que atrae y convence a la mayoría.

No hay en el mundo psiquiatras suficientes para atender a todos los afectados por el *complejo de Fourier*; su número es excesivo. Tienen que procurar curarse ellos mismos, reconociendo la realidad de la vida, el que cada cual ha de soportar su propio destino, que no cabe hallar chivos expiatorios y que es preciso percatarse de las inmovibles leyes que rigen la cooperación social.

---

<sup>1</sup> León Trotsky, *Literatura and evolution*, trad. de R. Stransky, Londres 1925, p. 256